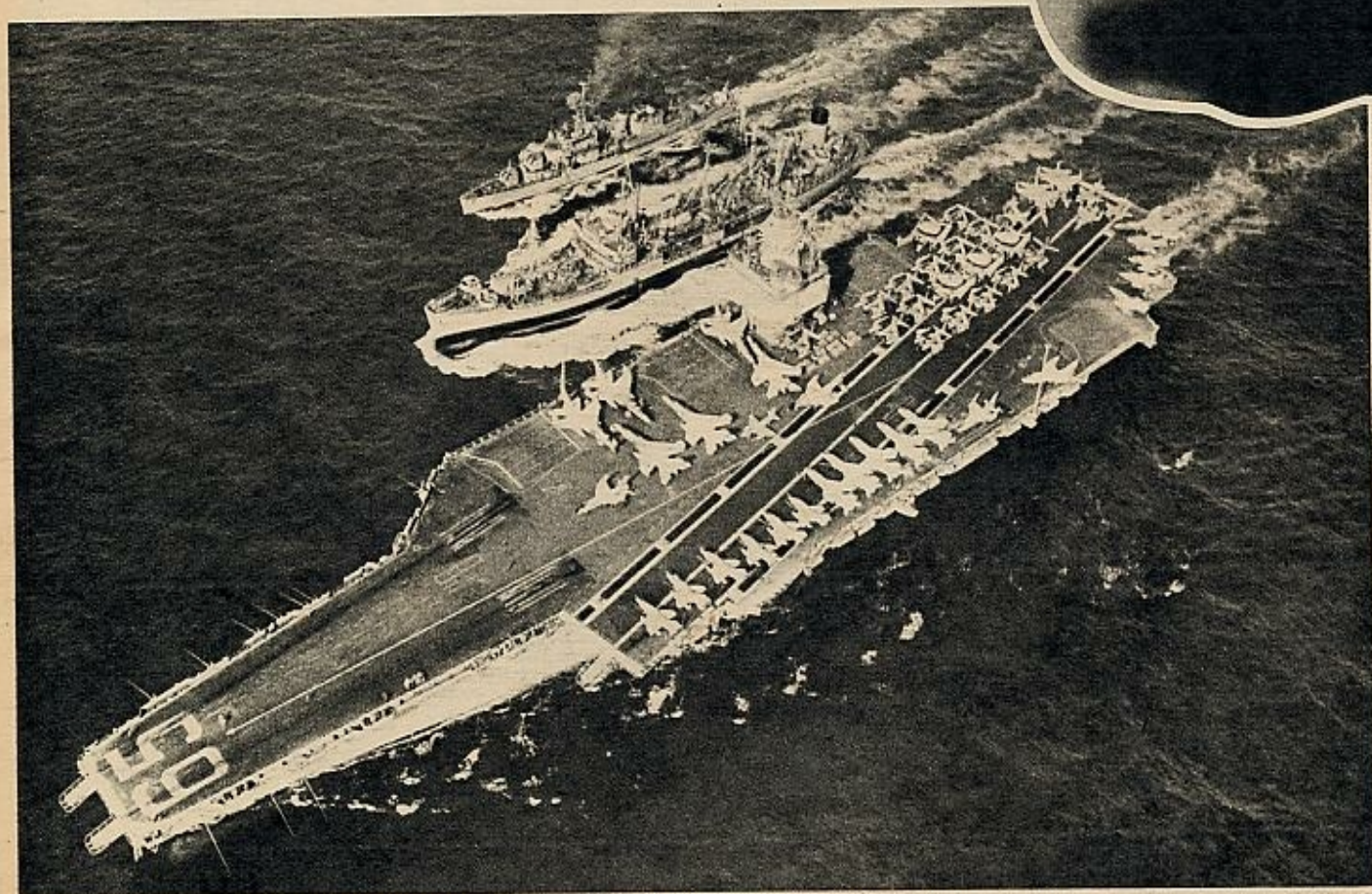


24 HORAS AL BORDE DE LA GUERRA NUCLEAR

por **EDUARDO HARO TEGLEN**

LA crisis de Cuba se ha resuelto en una tarde de domingo. Una tarde que Kruscheff pasó en el teatro Bolchoi, de Moscú, y Kennedy en alegre gira campestre **SIGUE**



Kennedy ordena el bloqueo de Cuba: La escuadra americana en el Caribe

24 horas al borde de la guerra nuclear



Castro se dirige al pueblo cubano



Milicias nacionales revolucionarias de Castro



Infantería cubana. Sus fusiles son ingleses

con Jacqueline, ejerciendo ambos su derecho de descanso en el séptimo día, después de una semana de intenso trabajo con todo el material a su disposición: escuadras, proyectiles nucleares, radios, diplomáticos, aviones-espía, movilizaciones, bases... Fue una de las semanas más calientes de la larga guerra fría. Y tuvo un final tan inesperado como había sido su principio.

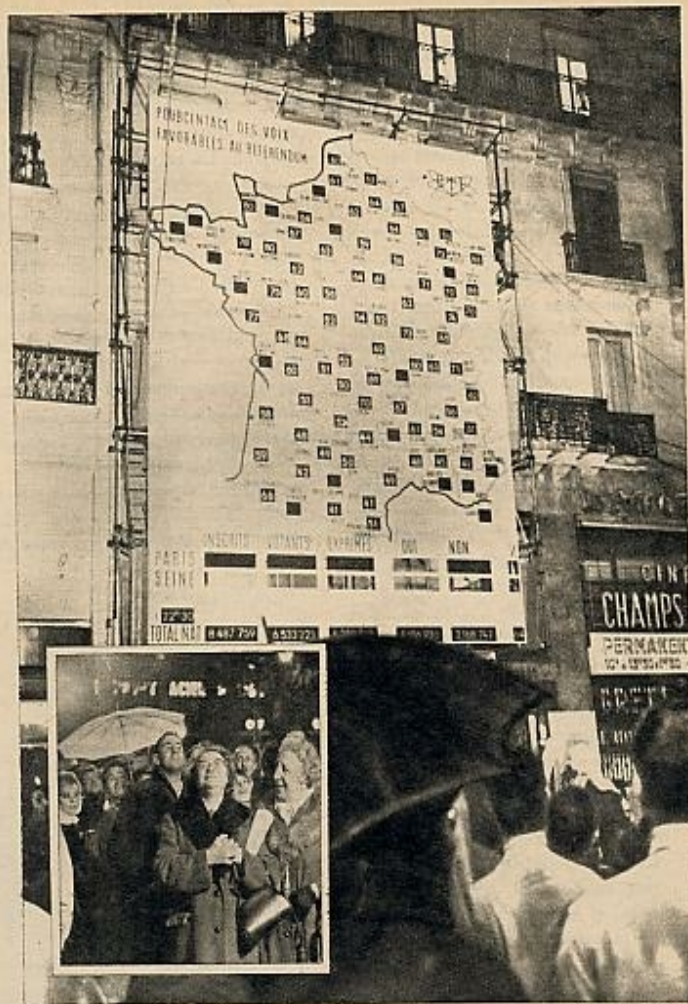
Esta semana deja dos preguntas en el aire: ¿Por qué Kennedy precipitó su amenaza sobre Cuba el lunes anterior? ¿Por qué Krushcheff ha accedido tan totalmente a las exigencias norteamericanas?

El lunes anterior Kennedy había reunido en el histórico despacho de la Casa Blanca las cámaras y televisión, los micrófonos y periodistas. En un pequeño atril, colocado sobre su mesa de trabajo, puso unas cuantas cuartillas escritas a máquina y comenzó a leer con voz pausada el más terrible discurso de su corta carrera política. Lanzaba sobre Cuba la «cuarentena» — palabra que en España se ha traducido como bloqueo, en Francia como embargo, y en la Unión Soviética como piratería—, amenazaba con hundir los barcos de cualquier nacionalidad que se aproximasen a Cuba con material militar «ofensivo», daba a entender que la invasión de la Isla podría producirse de un momento a otro y que no retrocedería ante una guerra nuclear. Los motivos estaban perfectamente claros: Cuba disponía ya de una fuerza de cohetes con cabeza nuclear que amenazaban directamente a la seguridad de los Estados Unidos. Aportaba Kennedy unos documentos convincentes; las fotografías aéreas obtenidas por los aviones-espía, los famosos U-2, uno de los cuales había provocado ya una grave crisis mundial y una terrible humillación para el Presidente Eisenhower durante la Conferencia cumbre de París.

Sin embargo, unos días antes —cuando ya, con toda seguridad, las fotografías estaban obtenidas— Kennedy había hecho unas declaraciones en las que subestimaba la importancia de los cohetes cubanos. Después de las grandes aportaciones rusas de material en los meses de julio y agosto, Cuba «no disponía de ninguna fuerza ofensiva realmente importante» —son palabras del propio Kennedy— y, por lo tanto, «sería absurdo invadirlos». Más aún, Kennedy decía: «Cuba no tiene más que cohetes defensivos de corto alcance, incapaces de llegar hasta Florida.» El Presidente mantenía así una posición moderada ante los republicanos. Nixon, en septiembre, había pedido precisamente las medidas que se han adoptado ahora: el bloqueo de las costas cubanas, incluso la invasión de la isla, aun a riesgo de la guerra mundial. Poco más tarde, los repu-

blicanos habían lanzado una campaña en ese mismo sentido por sus poderosísimos «cañones de opinión»: las revistas «Time» y «Life», conducidas por Henry Luce. Los republicanos estaban preparando su campaña para las elecciones parlamentarias de noviembre. Pero no es posible pensar que el Presidente Kennedy haya abrazado la misma doctrina de sus enemigos sólo para hacer su propia campaña electoral. Lo que en la oposición es doctrina, en el Presidente tiene que ser acción. Kennedy no puede lanzarse a una acción tan sumamente peligrosa como la que ha emprendido, exclusivamente para obtener beneficios en unas elecciones parlamentarias; ni aun siquiera para preparar su elección en 1964, que está demasiado lejana. Hay que pensar en todo lo que los Estados Unidos han perdido o pueden perder con la provocación de una crisis como ésta, para comprender que sus motivos tienen que ser de primera importancia. Además del riesgo inminente de guerra y de destrucción, Kennedy se ha expuesto a que le acusen de violar la carta de las Naciones Unidas y el derecho internacional, al lanzar un bloqueo preventivo; a perder gran parte de su influencia en los países afroasiáticos; a verse abandonado por algunos de sus medrosos aliados europeos; a romper la organización de Estados Americanos, algunos de cuyos miembros —Méjico, Brasil y Chile, entre otros— han amenazado ya con retirarse...

Sobre todos estos argumentos hay uno que prevalece: las fotografías aéreas suministradas por la C. I. A., el servicio de información norteamericano. Pero también hay quien ha emitido dudas sobre la autenticidad de estas fotografías. Naturalmente, los primeros fueron los rusos. «Pravda» había advertido el 15 de octubre que un avión U-2 americano había volado el día 12 sobre Cuba; días después la radio de Moscú anunciaba que los norteamericanos estaban utilizando fotografías trucadas. Pero no han sido sólo los rusos quienes han emitido estas dudas. El viernes pasado, el redactor militar del «Times» escribía que «los expertos militares de Londres habían admitido dudas sobre la autenticidad y la significación de las pruebas fotográficas americanas de las bases rusas de proyectiles en Cuba». Inmediatamente después, el Ministerio británico del Aire decía que, examinadas las fotografías por sus expertos, las habían encontrado auténticas y que no habían sido retocadas de ninguna forma. Pero se sugería que tales fotos no representaban ninguna prueba concreta. Los cohetes identificados parecían exclusivamente antiaéreos y, por lo tanto, defensivos. En cuanto a los aviones Ilyuchine 28 fotografiados, son el tipo normal de aparatos que



En un gran mapa mural de los Campos Eliseos se indican los porcentajes favorables al referéndum. La señora, según se ve, está encantada...

la U. R. S. S. facilita a sus aliados: unos aviones bastante anticuados, que están ya en desuso en la Unión Soviética.

Sobre estos factores cabe pensar que la acción del Presidente Kennedy no se ha basado en lo que públicamente se ha dicho, sino en otro tipo de informes más concretos sobre la situación en Cuba que no se han hecho públicos. Y que han dado al Pentágono la noción clara de que había que iniciar una acción contra Cuba. Cabe muy bien suponer que las medidas adoptadas por Kennedy no eran más que un prelude: un prelude a una invasión que, según fuentes de información soviéticas, hubiera podido producirse en la noche del sábado al domingo, de no mediar el paso atrás de Krushcheff. Desde el fracasado intento de desembarco del 18 de abril del 61 la necesidad de invadir la Isla parecía convertirse en una obsesión de los expertos militares norteamericanos. Solamente esperaban las circunstancias objetivas favorables. Según los comentaristas militares, Cuba posee una fuerza militar de 80 a 100.000 hombres bien armados y bien adiestrados. El «New York Times» calculaba que su fuerza aérea es de cin-

cuenta aviones Mig. Y el Pentágono dijo el 25 de octubre que Cuba poseía diez cohetes nucleares de alcance medio y que se habían concentrado veinte bombarderos Ilyuchine 28. Para efectuar un desembarco en estas condiciones y realizar la invasión total de la Isla, sin dejar de lado los otros objetivos militares americanos en el mundo, había que contar con 250.000 soldados, poner en pie de guerra la Marina, con al menos cien barcos en el Caribe, y movilizar los reservistas de la Aviación. Todo esto fue lo que hizo Kennedy aparentemente para preparar el bloqueo, pero, plausiblemente, para iniciar un desembarco.

Si la pregunta de por qué Kennedy precipitó su acción puede quedar contestada así: «Para desembarcar en Cuba y ocupar la isla en el momento en que al Pentágono le pareciera este acto posible», con estos mismos argumentos puede explicarse la decisión de Krushcheff de abandonarlo todo sin pedir nada a cambio: para evitar todo pretexto a esta invasión, incluso reconociendo que el temor de los Estados Unidos estaba justificado. «El armamento que usted llama ofensivo es realmente temible —es

cribe Kruscheff a Kennedy—; comprendo su inquietud a este respecto y, en consecuencia, he ordenado volver a Rusia este armamento.» Como se ve, ni siquiera intenta discutir la importancia del armamento estacionado en Cuba, ni la autenticidad de las fotografías aéreas. Para algunos observadores, Kruscheff ha empleado la teoría de la cuerda tensa: si dos personas tiran, cada una de un extremo, de una cuerda, y una de ellas la suelta repentinamente, la otra puede caer de espaldas..., si es que no está preparada para esta eventualidad, como puede ocurrir en el caso del Presidente Kennedy. La brusca relajación de la tensión internacional tiene algo parecido con el ejemplo de la cuerda. De pronto, Kennedy parece obligado a permitir la existencia del régimen de Castro, al verse privado de pretexto para la invasión. Y, al mismo tiempo, se ve forzado a iniciar conversaciones diplomáticas con la U. R. S. S., incluso a celebrar «una conferencia cumbre»; se ve obligado a decirle a Kruscheff que es «un gran estadista» y que «ha contribuido grandemente a la causa de la paz». Todo esto parecía impensable antes de la crisis cubana. El mundo ha cambiado; el mundo ya no es el mismo que la semana anterior.

Por eso sería una gran insensatez comentar la cesión de Kruscheff como una retirada ante una posición de firmeza. No es una concesión: es una maniobra táctica, una jugada de ajedrez. Kennedy parece haberlo comprendido muy bien así. La noción de que la U. R. S. S. se ha retirado ante una amenaza de guerra nuclear es un hecho cierto. Pero la hipótesis de que será siempre así, puede llevar a actos muy graves.

En este mismo domingo en que se aflojaba la tensión internacional de manera tan inopinada, Francia votaba el referéndum planteado por el Presidente de la República, general De Gaulle. No es obvio recordar los términos de este referéndum: De Gaulle preguntaba al pueblo si era partidario o no de la elección directa por sufragio universal del Presidente de la República (hasta ahora dicha elección se efectuaba por compromisarios). Planteaba, al mismo tiempo, una cuestión de confianza: si la respuesta era negativa, De Gaulle se retiraría, abriendo una difícil crisis en el país, que aún no se ha repuesto de su «guerra civil fría». Llegaba a más: si la respuesta era, según sus propios términos, «mediocre» o «aleatoria» en favor del sí, se retiraría también. Para considerar la mediocridad de esta respuesta, De Gaulle tendría en cuenta no solamente la proporción del sí con res-

pecto a los votos emitidos, sino también con respecto a la totalidad del censo electoral, considerando así las abstenciones como votos negativos. La respuesta ha sido mediocre, ha sido aleatoria; la proporción del sí con respecto a la totalidad del censo electoral no ha llegado a ser del 46 por 100. Sin embargo, De Gaulle no se ha retirado; ha decidido considerar satisfactorio el resultado del referéndum. Sus ministros —el Primer Ministro, el de Información y el del Interior del Gobierno saliente, que están en estos momentos ocupando sus puestos en espera del nuevo Gobierno— explicaron el por qué en la misma madrugada del lunes: porque, haciendo abstracción de los votos co-

dencia de la República francesa los líderes de los partidos políticos, ¿quién ganaría hoy? Recordemos brevemente el resultado de las últimas elecciones en 1958. El número mayor de votos correspondió a los comunistas: cerca de cuatro millones de electores. Por lo tanto, sería Thorez Presidente de la República... Pinay (derecha capitalista) obtendría tres millones y medio de votos...; pero De Gaulle parece creer que Francia votaría hoy a los «sin partido». Quizá al conde de París, quizá a Mendes-France. O a un técnico de las finanzas, como Baumgartner. De todas formas, la creencia esencial de De Gaulle es que en las próximas elecciones presidenciales podrá presentarse perso-

drá ya de una «primera generación» de armas atómicas.

De todas formas, la incógnita de Francia no se ha resuelto con el referéndum. Quedan ahora las elecciones a la Asamblea legislativa, que se celebrarán los domingos 18 y 25 de noviembre (se celebran en dos domingos consecutivos, porque en el primero una gran parte de los candidatos no habrán obtenido el porcentaje requerido para ser elegidos y tendrán que volver a presentarse el domingo siguiente. Por eso, puede esperarse que el 18 de noviembre haya una mayoría importante de comunistas en la cabeza de las listas, y el 25 esta mayoría se haya convertido en una minoría inoperante). Puede preverse, después de estos resultados del referéndum, una Asamblea con un importante núcleo centro izquierdista a la manera italiana, aunque las limitaciones impuestas por De Gaulle a la Asamblea son tantas, que esta mayoría no tendrá demasiada fuerza política.

Al terminar la crisis internacional y al quedarse atrás el referéndum de Francia —que es importante principalmente por la capacidad de Francia de crear propaganda en todos sus actos políticos más que por su verdadero peso internacional—, emergen otros problemas que habían pasado un poco inadvertidos en la cálida semana cubana. En otros momentos, el avance chino por la India hubiera ocupado las primeras páginas de los periódicos. En el momento en que se ha producido, la India se ha encontrado prácticamente sola y sin apoyo de nadie, a no ser de los británicos, que han enviado algunos aviones cargados con armas, más simbólicas que operantes. Nehru, el pacifista y el neutralista, ha hecho una poética declaración: «Al vernos invadidos, hemos despertado de un sueño. No teníamos contacto con la realidad. Vivíamos en una atmósfera artificial, creada por nosotros mismos.» Muchas personas creían que Nehru había despertado de ese sueño cuando decidió la invasión de Goa. O quizás el feliz sueño de Nehru consistía en creer que él podía invadir, pero no ser invadido.

En cualquier caso, y sea cual sea el desenlace de la guerra chino-india, su coincidencia con la crisis de Cuba nos permite ver palpablemente cómo se ejercen las dos doctrinas comunistas que están hoy en discusión: la de la URSS, según la cual la fuerza del comunismo está en la paz, con la cual siempre pueden ganar más que con la guerra, y la de China, que considera la guerra necesaria frente a ciertos peligros. Solo una enorme torpeza por parte de Occidente podría hacer que las dos soluciones sean justas.

E. H. T.



Soldados de la China Popular emplazando sus cañones en la frontera india

munistas y de los de la extrema derecha, los que quedan resultan una minoría de un 12 por 100. En términos simplistas: «si de los que han votado no, quitamos la mayoría de los que han votado no, queda solo una ínfima mayoría que ha votado no». Con esta ingenua explicación ha bastado para que De Gaulle siga al frente de Francia.

En pura objetividad, el Presidente ha perdido millones de votos con respecto a sus referendums anteriores. Pero quizá nos los haya perdido el personalmente, sino la causa que quería defender: la del fortalecimiento del poder personal. Muchos franceses temen ahora cuál puede ser la situación si De Gaulle llega a faltar por alguna u otra razón. En un sufragio universal, al que se presentasen a la Presi-

nalmente y será elegido sin ninguna duda.

El resultado vacilante del referéndum asienta a De Gaulle sobre el Eliseo con menos fuerza de la que se esperaba. Quizá esto, a la larga, sea beneficioso para Occidente. Los Estados Unidos temían que un De Gaulle poderoso pudiera suponer una revisión total de la NATO. Temen, en efecto, que un ejército francés relativamente independiente y con una fuerza nuclear totalmente independiente, aliada de la Alemania federal, pueda variar totalmente la estructura europea, dejando fuera de ella a los Estados Unidos y a la Gran Bretaña. Los expertos militares norteamericanos creen que, desde 1970, Francia puede tener una verdadera fuerza nuclear, pero que, desde 1964, dispon-